Cuentos Completos I

(1893-1902)

Primera edición en Reino de Cordelia, octubre de 2017
Título original: *The Complete Short Stories of Jack London, volume I*
Edición basada en la publicada por la Stanford University Press, California, 1993

Edita: Reino de Cordelia
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid
www.reinodecordelia.es

Traducción de © Susana Carral Martínez, 2017

Ilustraciones de cubierta y capitulares de © María Espejo, 2017

IBIC: FA
ISBN: 978-84-15973-95-9
Depósito legal: M-27210-2017

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Cuentos Completos I

(1893-1902)

Jack London

Traducción de Susana Carral

Índice

Prólogo 13

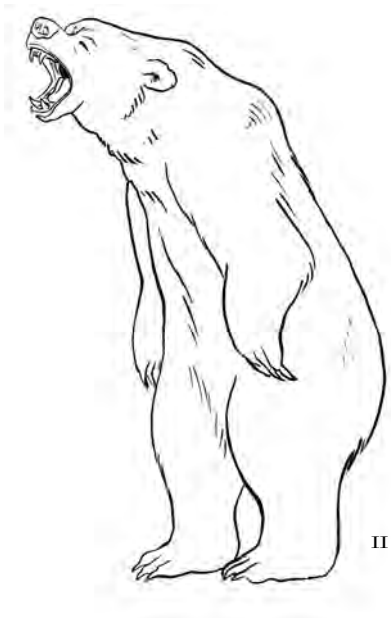
Relato de un tifón en la costa japonesa 39
La historia de Frisco Kid 45
Sakaicho, Hona Asi y Hakadaki 49
Baño nocturno en la bahía de Edo 53
¡Quién va a creer en los fantasmas! 59
El regreso de Frisco Kid 67
Siempre hay alguien más desdichado 71
O Haru 77
La broma del mahatma 85
Dos genios de oro 91
La curiosa experiencia de un misógino 97
Mil muertes 115
El barco infestado 125

Ensoñación 137
Relato de un viejo soldado
(Incidente real, ocurrido en tiempos del abuelo del autor) 151
El cubilete del diablo 155
La prueba: Un cortejo del Klondike 167
Los hombres de Forty Mile 173
El Silencio Blanco 181
Navidad en el Klondike 189
Al hombre del camino 195
El apuesto grumete 203
En tiempos del príncipe Charley 209
Prerrogativa sacerdotal 221
El Hijo del Lobo 233
En una región lejana 247
Una lección de heráldica 261
Una odisea en el Norte 269
Un rincón común 295
Cómo desenmascarar a un canalla 301
Valor y persistencia 305
El rejuvenecimiento del comandante Rathbone 309
La esposa de un rey 319

Hasta la muerte 331
La sabiduría del camino 335
El hombre de la cara cortada 341
El rey del Mazy May: Una historia del Klondike 351
El escarnio de Loren Ellery 359
La hija de la aurora 363
El amigo Baldy 371
El osado 375
Al final del arco iris 379
La chiquilla adecuada 389
Final de capítulo 393
La esposa india 397
Semper Idem 409
El dios de sus antepasados 413
Cuando el camino te persigue 425
El furtivo que se perdió 433
El desprecio de las mujeres 441
Los Esbirros de Midas 459
Ley de vida 471
La valentía que da el alcohol 477
El valor de las mujeres 485

Jan, el Impenitente 497
Lo que hace recordar a los hombres 503
Una reliquia del plioceno 511
Un brebaje hiperbóreo
La historia de un blanco intrigante entre el extraño pueblo que habita la orilla del océano Ártico 521
Donde se bifurca el camino 535
La gran incógnita 545
Acción de Gracias en el arroyo Slav 557
Un milagro del Norte 563
Chris Farrington, marinero de primera 569
Los sueños de Hoockla-Heen 575
Keesh, hijo de Keesh 583
Nam-Bok, el Mentiroso 593
Li Wan, la Blanca 605
Los de la Tierra del Sol 619
El maestro del misterio 635
Mil docenas 645
La historia de Keesh 659
En los bosques del Norte 667
Para repeler un abordaje 681

Aventura en el mar superior 687
Color local 693
Encender una hoguera (I) 707
Pendiente arriba 713
Noche de aficionados 719
Cara redonda 731
Bâtard 737
La sombra y el destello 749
La muerte de Ligoun 761
La enfermedad de Jefe Solitario 769
La historia de Jees Uck 777
En la bahía de Edo 795
Blanco y amarillo 803
La liga de los ancianos 811



A los 17 años, ataviado con el atuendo de marinero
de la goleta *Sophia Sutherland* (1893).

▼

En la capitular de la página siguiente,
London de niño.

Prólogo

Si al niño que san Agustín se encontró en la playa le parecía igual de fácil vaciar de agua el mar con un cubo que comprender el misterio de la Santísima Trinidad, tampoco parece tarea sencilla ordenar cronológicamente, catalogar y editar los cuentos completos de Jack London (1876-1916) dispersos en archivos, multitud de revistas y una veintena de libros. El milagro de recuperar los 97 relatos escritos por este gigante de la narrativa breve —treinta y seis de ellos inéditos o nunca recogidos antes en libro— se debe a tres investigadores que recibieron el encargo de la Universidad californiana de Stanford. Para cumplir con tan ingente trabajo, Earle Labor, Robert C. Leitz III y I. Milo Shepard no necesitaron cubos, sino tres gruesos tomos —este es el primero—, que aparecieron en Estados Unidos en 1993 y que ahora Susana Carral ha traducido por primera vez al español. Los dos restantes de la edición castellana, que ya están en fase de producción, saldrán a finales de 2018 y 2019.

De estos 197 cuentos, 161 proceden de los veinte volúmenes de narrativa corta publicados a lo largo de la vida de London y durante los seis años que siguieron a su muerte. Por tanto, la mayoría fueron corregidos por el propio London. En sus comienzos como escritor, cuando apenas era conocido y necesitaba imperiosamente el dinero que le pagaban las revistas por entregas, no pudo controlar ni revisar excesivamente la edición de su trabajo. Si los editores de las publicaciones cortaban los títulos o los relatos para hacerlos más ágiles o, simplemente, para ajustarse al espacio de papel disponible, London ponía mala cara y extendía la mano. Lo principal era cobrar; lo necesitaba para alimentar a su familia. Pero, a medida que su fama fue haciéndose mayor y el público comenzó a pedir que su firma apareciese con más frecuencia, los redactores jefes y directores de las publicaciones metían menos tijera en sus originales, aunque general-

mente siempre lo impregnaban todo con el «estilo de la casa», que consistía generalmente en la supresión de algunas palabras, la puntuación y cierta manía de alterar el orden de los párrafos.

Si los cambios no afectaban radicalmente al número de palabras, lo que hubiera supuesto una merma en el precio del relato, London no solía quejarse o, al menos, no demasiado. Y cuando recopilaba los trabajos publicados en las revistas para componer un libro, devolvía los textos a su forma original, tal y como él los había escrito. En vez de facilitar a su editorial —casi siempre publicó con Macmillan— los recortes de las publicaciones, le daba copias mecanografiadas de sus originales, calcadas en la máquina de escribir con papel carbón. El editor componía las galeradas y se las entregaba al autor para que las corrigiera e hiciese las modificaciones que estimase oportunas. No revisaba segundas pruebas; sin duda se fiaba de su editor porque la experiencia le había mostrado que sus cambios eran escrupulosamente respetados.

De los cuentos que no aparecen en las colecciones supervisadas por London en vida, o por su última esposa, Charmian Kittredge, o por George Brett, su editor habitual en Macmillan, veintiocho sobrevivieron únicamente en las versiones impresas en revistas, y esas son las que han utilizado los editores de la Universidad de Stanford. Hay trece que se publican por primera vez en esta edición completa de los cuentos de London: «Relato de un viejo soldado», «En tiempos del príncipe Charley», «Una lección de heráldica», «Un rincón común», «Cómo desenmascarar a un canalla», «El rey de Mazy May», «El escarnio de Loren Ellery», «El amigo Baldy», «La chiquilla adecuada», «Final de capítulo», «Cuando el camino te persigue», «Un milagro del Norte» y «Pendiente arriba».

Para los restantes han podido utilizarse los manuscritos originales gracias a que en estos casos todavía se conservan. Cinco de ellos son completamente inéditos: «O Haru», «La broma del mathama», «La curiosa experiencia de un misógino», «El barco infestado» y «Ensoñación». Todos estos inéditos figuran en este primer tomo, que recoge la narrativa breve escrita por Jack London entre 1893 y 1902, lo que permite al lector comprobar cómo se forma un escritor, cómo va madurando desde sus primeros pinitos literarios, apenas crónicas o impresiones de sus viajes, hasta ir afilando su pluma con la madurez del oficio. En los comienzos era un escritor titubeante, que saltaba del pasado al presente con demasiado desorden sin lograr en ocasiones el objetivo propuesto, pero ya poseía ese poderoso músculo de narrador que caracteriza su estilo y su obra.

Los editores de Stanford están convencidos de que esta edición reúne toda la ficción corta que se conserva de London, por lo que no dudan en calificarla de «completa». El material que no esté aquí se debe exclusivamente a que muchos de los primeros manuscritos se han perdido o fueron destruidos por su autor. Los inéditos y algunos de los títulos que solo fueron publicados en revistas proceden de la Biblioteca Henry E. Huntington y de la Biblioteca Merrill de la Universidad estatal de Utah, a quienes los editores agrade-

cen la ayuda. Para ordenar cronológicamente los relatos se ha utilizado el escrupuloso registro que London llevó a cabo de sus entregas de material a partir del otoño de 1898. Para los anteriores a esa fecha se han barajado suposiciones bien documentadas. En esta edición, los relatos sobre los que no hay constancia exacta del momento en el que fueron escritos se han fechado entre paréntesis, mientras que el resto va entre corchetes.

Jack London fue un escritor de éxito que hizo fortuna con la literatura. Una de las razones de su triunfo como escritor de cuentos se debió al vacío de grandes nombres que en aquel momento padecían las letras norteamericanas, lo que permitió que proliferaran autores populares que algunos críticos norteamericanos han definido como «elegantes e indescriptiblemente mediocres». Entre ellos, Gene Stratton-Porter, Virginia Frazer Boyle, James B. Hodgkin y Elizabeth Stuart Phelps, que hoy han sido olvidados. Frente a este grupo de escaso valor literario, London se impuso como un lobo solitario. La soledad creativa con la que se vio obligado a convivir se debía a varias causas: Stephen Crane y Frank Norris habían muerto prematuramente, la censura obligaba a Theodore Dreiser a retirar sus obras del mercado para evitar que su alto contenido sexual perturbase la moral de los lectores; Henry James vivía completamente distanciado en su retiro británico y los viejos Mark Twain y William Dean Howells estaban ya en tiempo de descuento.

La aparición de London en medio de aquel ambiente literario adocenado fue como una bofetada, como un huracán entrando por la rendija abierta en una ventana. Algunos estudiosos aseguran que, excepto cuando Mark

London
de boxeador (1904).

Twain impuso su humor grueso, de «campamento minero», en la Norteamérica victoriana nunca antes la literatura de Estados Unidos había sufrido una perturbación similar que, para el profesor Kenneth S. Lynn, «cambió sin duda el curso de la ficción norteamericana».

En los casi doscientos cuentos que London escribió durante sus veintitrés años de oficio, incluidos sus primeros pinitos adolescentes que también se recogen en esta edición, aborda una variedad de temas inusitada que jamás había tocado ningún otro escritor de su país: el alcoholismo, las consecuencias de la vejez, el boxeo, la tauromaquia, el trabajo infantil, la ecología, fantasías extraterrestres, el juego, el trabajo en las minas de oro, el amor (tanto el primitivo y atávico como el romántico e ideal), la discapacidad mental, los mitos, la corrupción política, la psicología (humana y animal), la explotación racial y sexual, la revolución, la experimentación científica, la vida de los marinos, el suicidio, la vida en los arrabales, el socialismo, la guerra, la naturaleza y la escritura… El escenario geográfico abarca desde el ominoso Silencio Blanco de las tierras del Norte a la sórdida e indigente avaricia de las ciudades modernas; los floridos valles de la Polinesia, las infernales junglas de la Melanesia, los cuadriláteros de Australia, las plazas de toros de Ecuador, las aldeas de pescadores de la costa del norte de Irlanda, el *Valle de la Luna* en California y, por último, el mundo de los sueños, el folclore y los mitos en Hawái. London no se limitó a cubrir un vacío literario, tendió un puente para reducir la enorme distancia existente entre las novelas románticas de la década de 1890, los nuevos cuentos de aventuras y la ficción naturalista y comprometida del siglo XX. Él puso los cimientos para que años más tarde Ernest Hemingway, John Dos Passos, William Faulkner, John Steinbeck o, entre otros, Erskine Caldwell crearan la Generación Perdida; aunque su influencia también se aprecia en multitud de autores europeos, como George Orwell, Aldous Huxley o William Somerset Maugham.

Completamente autodidacta, desde crío leyó en la biblioteca pública de San Francisco toda la literatura que aparecía en las revistas de la época; deseaba comprender qué le interesaba a los lectores. Sus primeros trabajos, «Relato de un tifón en la costa japonesa» y «Baño nocturno en la bahía de Edo», se basan en experiencias propias de cuando en 1893 se embarcó como marinero en la goleta *Sophia Sutherland* rumbo a la costa de Japón; solo tenía 17 años. Predominan en ellos las impresiones periodísticas de lo observado en la realidad y no alcanzan la calidad que él buscaba en su anhelo de hallar la «fórmula» perfecta para escribir cuentos comerciales de calidad. «El barco infestado» y «Ensoñación» nunca logró publicarlos, y otros que sí salieron en letra de imprenta, como «En tiempos del príncipe Charley» y «Un rincón común», nunca habían sido recogidos en libro hasta esta edición. Pese al relativo mérito literario de estos títulos, resultan indispensables para entender la evolución de London como narrador y muestran la realidad del mercado literario de aquella época, que demandaba casi agresivamente textos para cubrir el ocio de las clases populares.

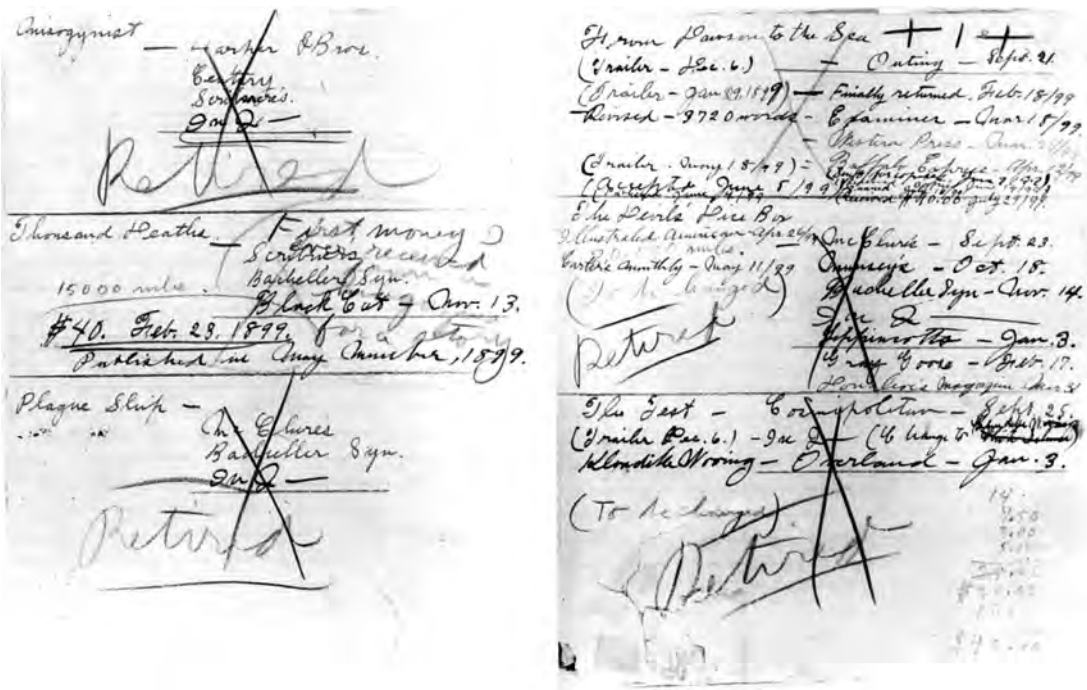
El salto del siglo XIX al XX trajo avances tecnológicos capaces de abaratar el precio del papel y renovar las tecnologías de impresión con la aparición del fotograbado. El consumo se disparó y algunas marcas comerciales encontraron en las revistas literarias el canal ideal para publicitar sus productos entre el gran público. Las tarifas postales bajaron, facilitando la distribución de revistas, que dejaron de atender los intereses de un selecto grupo de personas de elevado poder adquisitivo y cultural, para convertirse en la principal herramienta de ocio de las clases populares, público que luego se repartirían el cine, la radio y la televisión.

Revoluciones tecnológicas como el vapor, aplicado tanto a los barcos como al ferrocarril, redujeron las dimensiones del planeta. La vuelta al mundo ya se podía dar en ochenta días, como había demostrado Julio Verne en 1872 en la novela donde Phileas Fogg

Junto a los perros de un trineo y posando en 1900 ataviado como un minero del Klondike para una entrevista en *Overland Monthly*.

Ilustraciones para «El apuesto grumete», publicado en *The Owl Magazine* en julio de 1899.

y su criado, Jean Passepartout, utilizan todos los medios de comunicación modernos para batir un récord impensable solo unas décadas antes. A finales del siglo XIX los ciudadanos abrieron el horizonte de su interés hacia los continentes más exóticos; deseaban saber cómo vivían en sus antípodas, que animales poblaban sus selvas, qué riquezas escondían sus montañas… La tecnología iluminaba las sombras de la magia y la curiosidad fomentaba el espectáculo. Exhibir un elefante o un rinoceronte en una gran ciudad era todo un acontecimiento y los hermanos Ringling y el empresario P. T. Barnum —al que por cierto cita London en uno de los relatos de este libro— aprovecharon la nueva atracción por lo extraordinario, creando en 1871 el Ringling Brothers and Barnum & Bailey Circus, el mayor circo del mundo. El mundo se convirtió en un gran espectáculo apasionante. El público quería saber qué estaba sucediendo al lado de su casa, pero también en el otro extremo del planeta, y Stephen Crane o Richard Harding Davis partieron a las guerras como corresponsales, para escribir sobre el horror de las trincheras, el miedo a la muerte que atenaza el corazón de los soldados o las calurosas noches cubanas, donde los españoles peleaban contra los *rough riders* de otro cronista, Theodore Roosevelt. Los relatos tradicionales de Robert Louis Stevenson competían con el periodismo literario, y



Páginas que recogen las ventas logradas por los relatos de Jack London publicados en las revistas literarias.

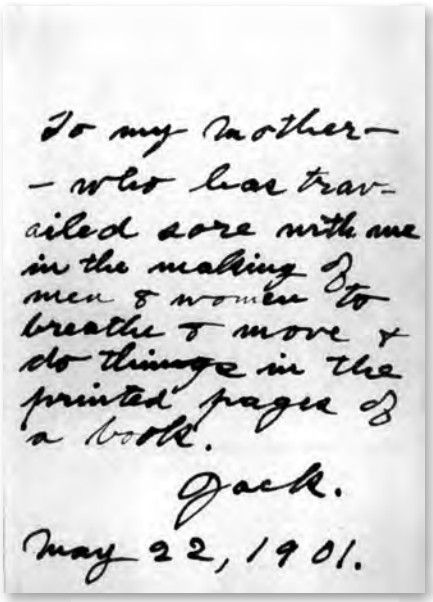
Jack London lo percibió claramente cuando en 1898 regresó del Klondike, al noroeste de Canadá, donde había acudido con su cuñado James Shepard atrapado por la fiebre del oro. La aventura a punto estuvo de costarle la vida, pero aquel año junto al Silencio Blanco, mirando respirar vaho a la muerte a menos de cuarenta grados centígrados bajo cero, había supuesto un filón de experiencias para contar a todo tipo de público con un estilo directo y accesible, técnica que había aprendido leyendo, sobre todo, a Rudyard Kipling. Los relatos de *El hándicap de la vida*, donde el premio Nobel británico narraba literariamente lo que le había sucedido cuando recorría la India en busca de reportajes para *The Lahore Civil and Military Gazette*, le enseñaron a conjugar la realidad con la ficción.

Leyendo en público en junio de 1901 en Forestville (California).

Tras los primeros escarceos de London como cuentista, que evidenciaban la ingenuidad del principiante, los lectores de la revista *Overland Monthly* en tan solo seis meses se rindieron ante su relato «Al hombre del camino», publicado en enero de 1898. Un año después, en enero de 1899, la prestigiosa *Atlantic Monthly* celebraba la publicación de «Una odisea en el Norte». Jack London comenzaba a ser una figura de las letras norteamericanas, había logrado moldear sus experiencias personales hasta dar con un naturalismo literario que atrapaba a los lectores. Pero reducir su éxito a la sencillez de su estilo sería injusto, porque su obra también refleja un lirismo y una profundidad psicológica que aportan enorme verosimilitud. Su conocimiento de la condición humana, de sus pasiones y sus odios está presente en unos personajes duros, generalmente inmersos en condiciones hostiles, que recrean un mundo literario propio y de enorme carga épica.

La fría saga del Norte que hizo famoso a London, muy presente en este primer volumen de sus *Cuentos completos*, no supone más de un tercio de sus relatos. Los otros dos tercios confirman su genio creativo y descubren su voluntad de ir siempre un paso por delante de las exigencias del público. La calidad de los cuentos habla por sí misma y los

dispares resultados de sus ventas en las revistas evidencian aún más que se negó a limitarse a escribir a piñón fijo, de acuerdo a una fórmula comercial. «*Semper Idem*», por ejemplo, cuento muy moderno sobre la psicosis suicida, fue rechazado por más de media docena de revistas antes de que *The Black Cat,* una publicación de Boston especializada en ficción fantástica, lo comprara por cincuenta dólares. «Lo envié a todas partes —confesó London a su amigo Cloudesley Johns—. Lo habría vendido por un dólar». Por «Cara redonda», un clásico morbosamente divertido que recuerda a Poe, solo cobró quince dólares y le costó una acusación de plagio. «Y Él los creó», una desgarradora ficción sobre el alcoholismo, que podría haber escrito Scott Fitzgerald, fue rechazado por cinco revistas antes de que lo aceptara *The Pacific Monthly*. «Samuel», uno de sus mejores análisis sobre la indomable alma humana, exaltación de la Gran Madre como heroína, fue rechazado varias veces antes de que lo vendiese por cien dólares en una época en la que London ya cobraba setecientos cincuenta por relato. «Guerra», que algunos críticos y el propio London consideran uno de sus mejores cuentos, se lo regaló a una revista socialista después de obtener diez negativas a su publicación. «En el ala de los idiotas», pionero en la forma de tratar a los débiles mentales, comparado con *El ruido y la furia,* de Faulkner y *De hombres y ratones,* de Steinbeck, fue rechazado una docena de veces antes de que London lo colocase en *The Bookman* a cambio de cien dólares.


To my mother—
— who has travailed sore with me
in the making of
men & women to
breathe & move &
do things in the
printed pages of
a book.
Jack.
May 22, 1901.

Dedicatoria autógrafa de Jack London a su madre, Flora London, en «El dios de sus antepasados».

Cuentos tardíos como «La princesa» o «El ídolo rojo», por los que *Cosmopolitan* pagó sustanciosas cantidades, así como la media docena de relatos hawaianos que escribió al final de su vida, tras descubrir *La dinámica de lo inconsciente,* de C. G. Jung, no se parecen a ningún otro de los relatos que publicaban las revistas norteamericanas durante la segunda década del siglo XX. «La princesa» engarza la fantasía de los vagabundos, el naturalismo y el chiste interminable. Para algunos de sus estudiosos, se trata de «una de las aventuras más inusuales de London, un experimento que satiriza intencionadamente los cuentos de aventuras y de vagabundos que hicieron famoso al autor». «El ídolo rojo», que en principio había titulado «El mensaje», ha sido considerado una versión temprana y más fascinante de *El centinela,* de Arthur C. Clarke (en la que se basó Stanley Kubrick para su *2001: Una odisea del espacio*) tal y como la habrían escrito a cuatro manos Joseph Conrad y Franz Kafka. Y «El hijo del agua», el último cuento que London escribió y uno de los que más significado mítico contiene, es prácticamente un diálogo sin apenas acción.

THE GOD OF HIS FATHERS
By Jack London

I.

ON every hand stretched the forest primeval—the home of noisy comedy and silent tragedy. Here the struggle for survival continued to wage with all its ancient brutality. Briton and Russian were still to overlap in the Land of the Rainbow's End—and this was the very heart of it—nor had Yankee gold yet purchased its vast domain. The wolf-pack still clung to the flank of the caribou-herd, singling out the weak and the big with calf, and pulling them down as remorselessly as were it a thousand-thousand generations into the past. The sparse aborigines still acknowledged the rule of their chiefs and medicine men, drove out bad spirits, burned their witches, fought their neighbors, and ate their enemies with a relish which spoke well of their bellies. But it was at the moment when the stone age was drawing to a close. Already, over unknown trails and chartless wildernesses, were the harbingers of the steel arriving—fair-faced, blue-eyed, indomitable men, incarnations of the unrest of their race. By accident or design, single-handed and in twos and threes, they came from no one knew whence, and fought, or died, or passed on, no one knew whither. The priests raged against them, the chiefs called forth their fighting men, and stone clashed with steel; but to little purpose. Like water seeping from some mighty reservoir, they trickled through the dark forests and mountain passes, threading the highways in bark canoes, or with their moccasined feet breaking trail for the wolf-dogs. They came of a great breed, and their mothers were many; but the fur-clad denizens of the Northland had this yet to learn. So many an unsung wanderer fought his last and died under the cold fire of the aurora, as did his brothers in burning sands and reeking jungles, and as they shall continue to do till in the fullness of time the destiny of their race is achieved.

It was near twelve. Along the northern horizon a rosy glow,

Ilustraciones de Ernest L. Blumenschein para «El dios de sus antepasados», relato publicado en *McClure* en mayo de 1901.

Resulta evidente que London era conocedor de las repercusiones económicas de su esfuerzo innovador. Cuando el escritor Waldo Frank le pidió en 1916 cualquier relato breve que tuviera sin publicar para *The Seven Arts*, London respondió lacónicamente: «No existen esos relatos breves». Luego añadió: «No me importa decirle que si Estados Unidos hubiese sido tan amable con los escritores de cuentos como siempre lo ha sido Francia, desde el principio de mi carrera hubiera escrito bastantes relatos muy diferentes de los que han salido de mi pluma». Todo lo que escribía era para ser publicado, nunca se permitió almacenar inéditos e intentó satisfacer el gusto de los lectores.

Diez años antes había aconsejado a sus colegas del Pacific Short Story Club que no escribiesen obras maestras si querían tener éxito con los directores de las revistas. «No

quieren obras maestras —les explicaba—. Las obras maestras afectan a su difusión, les hacen perder suscriptores y entonces el administrador se enfada y despide al director por el descenso en las cifras de ventas. Tampoco os enfadéis con el pobre director. Él tiene que ganarse la vida, igual que vosotros y yo. Y sabe de sobra qué es lo que le conviene».

Lo asombroso es que London nunca dejó de explorar nuevos territorios creativos mientras trataba de entregar el tipo de ficción de acción y aventuras que demandaba el mercado y que, según sabía de sobra, hacía crecer su fortuna y su fama. Tal vez por eso advirtió a los miembros del Pacific Short Story Club: «No hagáis lo que yo hago, haced lo que os digo». Excepto en los comienzos de su carrera, cuando trabajaba a destajo para lograr que las revistas le abrieran sus puertas, escribió un número relativamente pequeño de cuentos ajustándose a los cánones estrictamente comerciales. Y todos sus trabajos, incluso en los primeros, muestran su enorme talento literario.

Ilustración de Maynard Dixon para «El Hijo del Lobo», publicado en *Overland Monthly* en abril de 1899.

¿Cómo explicar el extraordinario éxito de este escritor y su excepcional contribución al género de la narrativa breve? Tal vez, la razón habría que buscarla en su biografía. La historia personal de London es quizá más fascinante que cualquiera de sus ficciones. Comenzó casi en el último peldaño de la escala socioeconómica: nació fuera del matrimonio en una familia de clase obrera, pasó la mayor parte de su niñez inmerso en la pobreza, tuvo que dejar la escuela sin acabar los estudios, empezó a trabajar en una fábrica a los catorce años, a los quince pescaba furtivamente ostras, a los dieciocho lo condenaron a treinta días de prisión por vagabundo. Semejante currículum no auguraba el éxito social ni mucho menos

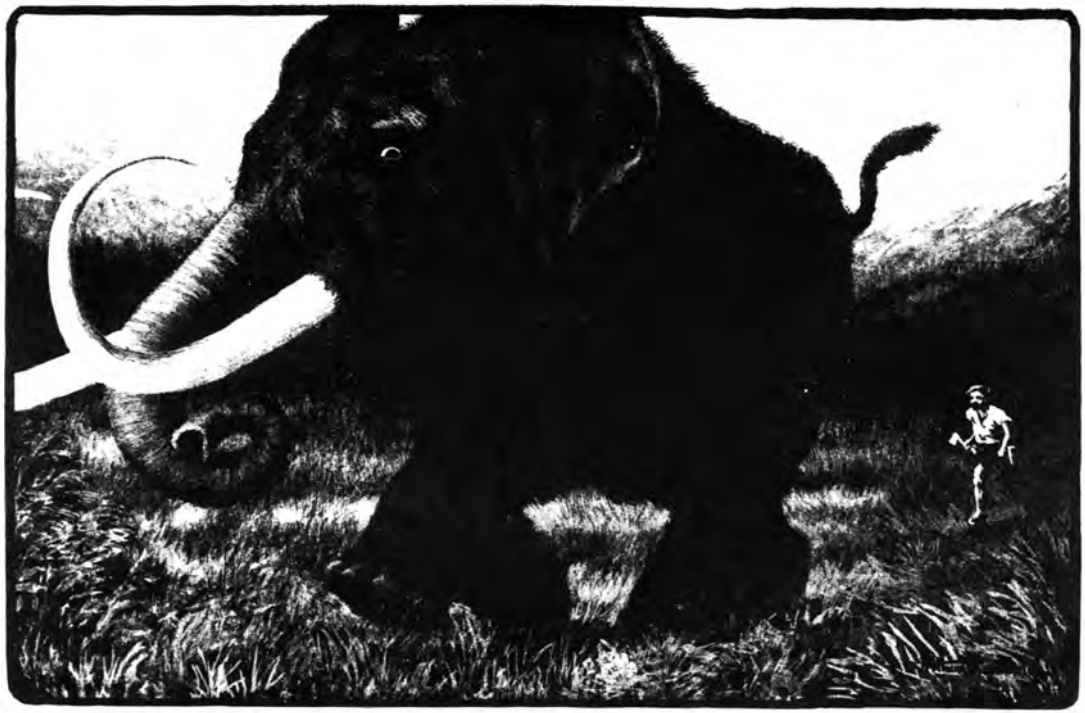


Ilustración de «Una reliquia del plioceno», cuento publicado en *Collier's Weekly* en enero de 1901.

la riqueza. Pero a los treinta años se había convertido en uno de los escritores más conocidos y mejor pagados de Norteamérica.

La historia de su legendaria carrera se puede rastrear en la documentación que el propio London ha dejado sobre las ventas de las revistas cuando publicaban sus trabajos, así como en su correspondencia personal y en novelas autobiográficas como *Martin Eden* (1909) y *John Barleycorn* (1913). En 1915, a petición de J. Torrey Connor, director de *The Silhouette*, resumió en una lista los factores más importantes en su éxito literario:

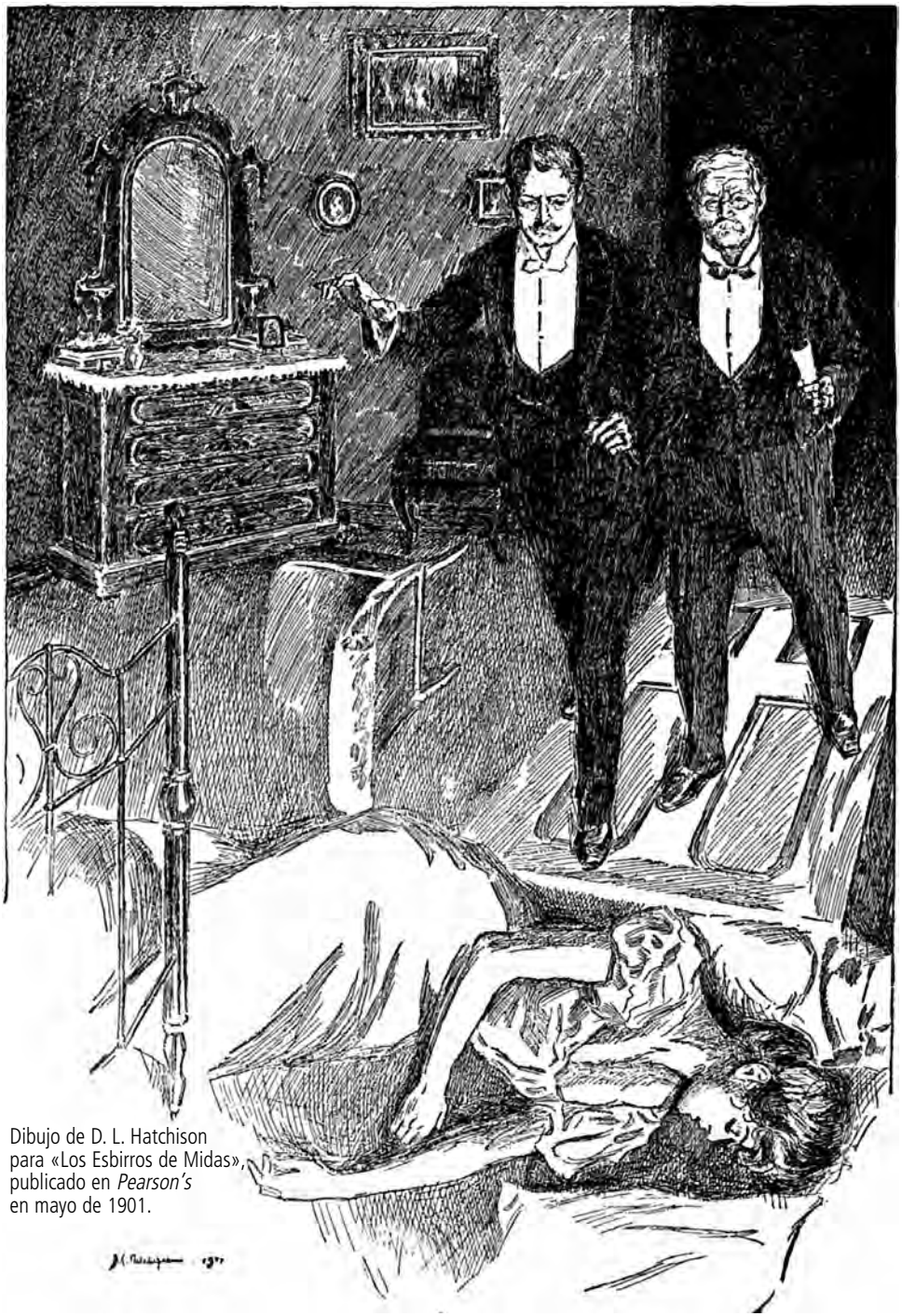
- Una suerte impresionante.
- Buena salud.
- Buena cabeza.
- Buena correlación mental y muscular.
- Pobreza.
- Haber leído *Signa,* de Ouida, a los ocho años.
- La *Filosofía del estilo* de Herbert Spencer.
- Haber empezado veinte años antes de los que intentan empezar hoy.

Para ser exactos, London había comenzado a escribir veintidós años antes. Su aprendizaje literario evolucionó a lo largo de tres fases distintas. La inicial empezó unos meses después de que regresara de su viaje de ocho meses que hizo enrolado como marinero de primera en la goleta *Sophia Sutherland*. El viernes 27 de octubre de 1893, el *San Francisco Morning Call* anunció un concurso de artículos descriptivos de menos de doscientas palabras para menores de veintidós años. Animado por su madre, Flora Wellman, que lo mantuvo despierto dos noches enteras a base de café mientras de día trabajaba en una fábrica de yute en Oakland, escribió un relato basado en su reciente experiencia como marinero. El domingo 11 de noviembre de 1893, «Relato de un tifón en la costa japonesa» fue publicado en el *Call* por haber ganado el primer premio del concurso. El segundo fue para un alumno de la Universidad de Stanford y el tercero para otro de la de California. Los veinticinco dólares del galardón demostraban que era capaz de ganar en solo dos noches lo mismo que obtenía trabajando un mes entero en la factoría de yute. La novela *Signa,* de Ouida, en la que un joven campesino italiano sin estudios se convierte en un famoso compositor de ópera, no era solo una ficción, también podía convertirse en realidad. A él le había pasado lo mismo con un relato, lo que le abría un mundo donde el trabajo intelectual era mejor recompensado que el que exigía mayor esfuerzo físico. Trabajando como obrero no cualificado jamás obtendría tanto dinero como el que podría ganar escribiendo.

Intentó presentarse a nuevos concursos literarios, convertirse en un *cazapremios* profesional, pero no tuvo éxito. Comprendió que en el mundo de la Literatura no era más que un aficionado y que hasta que no adquiriese una técnica que le permitiera competir con los profesionales debería conseguir el dinero con el sudor de su frente, elaborando yute o empleándose en una central eléctrica.

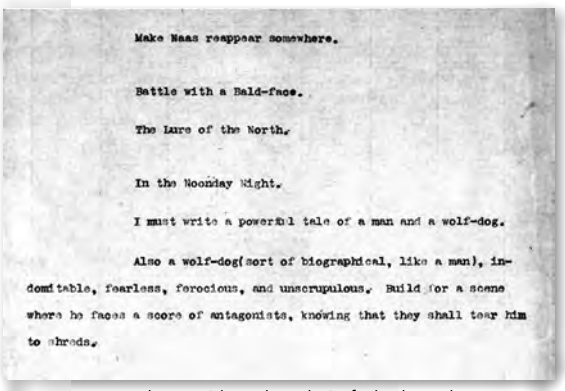
Y aunque es verdad que cuando publicó «Relato de un tifón en la costa japonesa», el primer relato de estas obras completas, aun era un aficionado, el cuento ha aguantado perfectamente al crítico más inflexible, el paso del tiempo. Es una historia fresca que, aunque no ambiciona mayores pretensiones, suscita la emoción y el interés de los lectores. Ya apunta alguna de las cualidades del London maduro: un don natural para la sintaxis elegante, capacidad para evocar sensaciones, jugar con la simbología que, en este caso, sugieren los sonidos, y mantener la atención gracias a una estructura narrativa de enorme eficacia. La capacidad para interrelacionar un fenómeno natural con el factor humano y el destino de la tripulación de una goleta supuso un logro relevante para un joven de diecisiete años, que solo había estudiado hasta primaria.

Después de su empleo en la central eléctrica, inició su vida de vagabundo sumándose en 1893 en una marcha que se dirigía a Washington para protestar contra la situación de los desempleados. Arranca ahí la segunda fase de su aprendizaje literario, porque después de seis meses de ir de un lado para otro, a los que en 1894 pusieron fin treinta días de cárcel en la penitenciaría de Erie County en Buffalo (Nueva York) acusado de vagabundear



Dibujo de D. L. Hatchison para «Los Esbirros de Midas», publicado en *Pearson's* en mayo de 1901.

—lo contaría años más tarde en «El camino» (1907)—, London se matriculó en la Oakland High School y encontró en la revista escolar de ese centro, *The Aegis*, el refugio ideal donde volcar su creatividad. Entre el 18 de enero y el 18 de diciembre de 1895 publicó allí diez textos: tres descripciones, un ensayo de carácter socialista y seis relatos cortos. El primero de ellos, «La historia de Frisco Kid», fue uno de los pocos que firmó como John London. Llama la atención el uso que hace en ese cuento del dialecto con el que se expresa el narrador/protagonista, una especie de Huckleberry Finn vagabundo, un pícaro sin maldad. El giro irónico al final del cuento (la persona a la que Frisco Kid le cuenta su triste historia resulta ser el padre de su amigo ahogado) recuerda al gran cuentista norteamericano Ambrose Bierce, desaparecido misteriosamente en México. Muy diferente en cuanto al marco y el modo de expresarse de los personajes, «Sakaicho, Hona Asi y Hakadaki», que apareció dos meses después en *The Aegis*, también termina con una nota de patetismo irónico cuando el narrador descubre que la esposa y el hijo del conductor de *rickshaw* del que se había hecho amigo la semana anterior, ambos encantadores, habían muerto en un incendio que destruyó su hogar. También es distinto el tono en «Baño nocturno en la bahía de Edo», donde cuenta cómo un valiente marinero estadounidense se niega a entregar su ropa a cambio de que le lleven en sampán desde el puerto hasta su barco y nada el kilómetro que le separa de su destino, lo que le vale el asombro y reconocimiento de los barqueros. Este cuento, debidamente revisado, fue publicado ocho años después en la revista *St. Nicholas* con un título más corto: «En la bahía de Edo». Ambos pueden leerse en este primer tomo de los *Cuentos completos*.


Make Naas reappear somewhere.

Battle with a Bald-face.

The Lure of the North.

In the Noonday Night.

I must write a powerful tale of a man and a wolf-dog.

Also a wolf-dog(sort of biographical, like a man), indomitable, fearless, ferocious, and unscrupulous. Build for a scene where he faces a score of antagonists, knowing that they shall tear him to shreds.

Apuntes con algunas ideas de trabajo fechados sobre 1899.

Sus colaboraciones en *The Aegis* eran inusuales en las revistas escolares, porque narraban experiencias como marinero y vagabundo, algo completamente extraño para los compañeros de colegio de Jack London, niños de clase media que como mucho habían trabajado repartiendo periódicos en vacaciones o ayudando a sus padres en los negocios familiares. El alumno London sorprendía a todos con pedazos de su propia vida redactados con toda la crudeza que le permitía su capacidad para jugar con las palabras; aunque su literatura todavía era pobre, resultaba de una eficacia innegable.

Pese a que todavía no se había dado cuenta de que ese tipo de historias directas y verosímiles eran mucho más interesantes que los relatos sentimentales y relamidos que llenaban las páginas de las revistas literarias populares, sí advirtió cómo la educación lograba mejorar su pensamiento y su gramática. En el verano de 1896, solo año y medio

Jack London tumbado leyendo en 1900 en Oakland, California.

después de haberse matriculado en el instituto de Oakland, se mató a estudiar y aprobó los exámenes de acceso a la Universidad de California en Berkeley, donde se inscribió en otoño en dos cursos de inglés y otros de matemáticas, física e historia. Completó el semestre con éxito y se matriculó en otra media docena de cursos (incluidos tres de inglés y dos de historia), pero en febrero se vio obligado a dejarlo por falta de dinero.

En la primavera de 1897 inició su tercera y última fase del aprendizaje literario. Imitando al protagonista de *Signa*, primero intentó dirigir su creatividad hacia la música, pero no tardó en darse cuenta de que carecía de talento para ello y se centró en la poesía, el ensayo y la ficción. Escribió sin parar todo tipo de historias, pero no lograba encontrar una voz propia, era incapaz de elaborar ese estilo duro y directo que comenzó a surgirle con naturalidad a su regreso de la aventura minera en Alaska.

Buscando recursos económicos, en 1899 comenzó a trabajar de doce a dieciocho horas diarias en la enlatadora Hickmott. Agotado por aquel trabajo pidió un préstamo a su madre adoptiva, Jennie Prentiss, y compró la goleta *Razzle-Dazzle* para convertirse

en pescador furtivo de ostras. Demasiado riesgo; cuando el barco se fue a pique cambió de bando y se enroló en la Patrulla Pesquera de California.

El 25 de julio de 1897, London y su cuñado James Shepard zarparon para unirse a la fiebre del oro en la cuenca del río Klondike, escenario de sus primeras historias importantes. Allí, mientras buscaba sin éxito las pepitas de oro entre el agua helada que filtraba con la batea, enfermó de escorbuto. Con las encías hinchadas y sangrando, perdió sus cuatro dientes frontales, se cubrió de llagas y padeció constantes dolores de cadera y en los músculos de las piernas. Afortunadamente para él y todos los que caían enfermos en aquellos gélidos parajes canadienses, el padre William Judge, *el santo de Dawson*, lo recogió en su refugio y le proporcionó abrigo, comida y algunas medicinas.

Esa lucha contra la muerte entre el hielo en eternas noches oscuras como el carbón inspiró algunos de sus mejores relatos, como «El Silencio Blanco» y «Encender una hoguera», del que existen dos versiones, la famosa de 1907 y la primera y totalmente distinta de 1901. Cotejar ambas permite comprobar la enorme evolución que alcanzó su literatura en tan solo seis años. Regresó de las orillas del Klondike en 1898 convertido en un activo socialista utópico y plenamente convencido de que debía mejorar su educación para abandonar el trabajo físico y ganarse la vida con el intelectual. Escondía en su interior la llamada de la literatura. No fue fácil y en ocasiones, como confiesa en *Martin Eden*, a punto estuvo de abandonar.

«En el Klondike me encontré a mí mismo. Allí se ven las cosas con perspectiva», confesó London. Los relatos que empezó a escribir después de su aventura entre el Silencio Blanco del Norte se parecen muy poco temática y estructuralmente a los de sus años de aprendizaje. La experiencia adquirida en condiciones tan adversas, obligado siempre a mirar a la muerte de cara, le hicieron madurar; esa perspectiva que menciona se hace patente en su capacidad para empaparse del entorno, plasmar en sus relatos las ambiciones y los comportamientos de los hombres de Alaska, las manías y el temperamento ingenuo de los indios, sus brujerías y servidumbres a sus dioses, la dureza con la que es imprescindible tratar a los perros que tiran de las traíllas de los trineos… Y un elemento épico en el que la naturaleza se convierte en un protagonista más del argumento e incide poderosamente en el espíritu de los hombres, que siempre ambicionan el progreso, la mejora de sus condiciones de vida, aunque para ello deban someter sus cuerpos y sus mentes a esfuerzos agotadores. El ambiente propio de las tierras del Norte corría por las venas de London, otorgando autenticidad a sus mejores relatos sobre el Klondike, una verosimilitud superior a la de sus cuentos anteriores, donde el lector no llegaba a meterse totalmente en la piel de los personajes. Cuanto más efectivo es el ambiente, mejor es la calidad de los cuentos. Su habilidad para fundir escenario y argumento, y su sensibilidad para transmitir la fuerza simbólica del entorno, se hace más que evidente en este período.

En otoño de 1898, Jack London recibió en el Klondike la noticia de la muerte de su padrastro, John London, y comprendió que desde ese momento pasaba a ser el cabeza

Ilustración de Jay Hambidge
para «En los bosques del Norte»,
publicado en *Pearson's* en septiembre de 1902.

de familia; implicaba que era el único soporte económico para mantenerla, algo difícil de lograr con los cinco dólares en polvo de oro que había obtenido buscándolo a temperaturas gélidas. Incapaz de encontrar un trabajo estable, aceptó todo tipo de empleos: jardinero, limpiador de alfombras, recadero… Aprobó con la nota más alta el examen para entrar a trabajar en Correos, pero en Oakland no había plazas de cartero.

El último recurso, la tabla de salvación que alguna vez le había sonreído antes, era la literatura; de manera desesperada se puso a escribir sin parar. Escribía y estudiaba gramática, analizaba a los escritores de éxito para descubrir su secreto y empeñó todo lo que tenía para comprar una máquina de escribir y sellos para enviar a las revistas todos los cuentos que era capaz de recopilar, los antiguos y los nuevos sobre su experiencia en Alaska. A finales de noviembre, con el otoño a punto de abrazarse al invierno, estaba sin un dólar pero plenamente convencido de que no debía rendirse.

Ilustración para «Valor y persistencia», publicada en *Youth's Companion* en enero 1900.

Había logrado despojar su estilo de oraciones complejas, cada vez sorteaba mejor las subordinadas, y ese «estilo sencillo», ideal para narrar las sensaciones que le provocaban los recuerdos del Norte, coincidía con lo que demandaban los directores y redactores jefes de las revistas literarias más populares: «Buenas lecturas fáciles de leer, sin florituras, sin finales felices, sin precisión ni excesiva exactitud en los detalles, pero con mucha acción, solo acción, acción y siempre acción».

La primera semana de diciembre el *Overland Monthly* le ofreció cinco dólares por publicar «Al hombre del camino». Poco dinero, pero al menos era lo mismo que había ganado buscando oro durante un año entero en Alaska, y le abría una puerta para colocar futuras colaboraciones; con el tiempo lograría venderles otros siete cuentos más, lo que supuso un fuerte impulso para la difusión de su obra y su carrera de escritor.

Poco después de la oferta del *Overland Monthly* tuvo un golpe de suerte decisivo: *The Black Cat* le pagó cuarenta dólares por «Mil muertes», un relato pseudocientífico que había rescatado entre los escritos de antes de su experiencia en el Klondike. Cuarenta dólares eran una fortuna para un joven sin oficio, beneficio y ni un duro en el bolsillo.

Portadas de números de *The Black Cat*, *Collier's* y *McClure's* Magazine con relatos de Jack London.

The Black Cat supuso la salvación económica y el *Atlantic Monthly* su confirmación como escritor profesional, capaz de expresar los diferentes estados de ánimo de los personajes. Lo había aprendido leyendo a Joseph Conrad, maestro del «factor humano», y a Rudyard Kipling, su admirado Kipling. Gracias a ellos ya podía eliminar en sus escritos la figura del narrador, permitiendo que los personajes se expresaran por sí mismos y que los lectores sacaran sus propias conclusiones sin que el autor tuviera que dirigirlos. El *Atlantic Monthly* ponía fin de este modo a una de las ambiciones más importantes de Jack London, la búsqueda de un estilo propio. Lo había encontrado.

Aunque a partir de entonces siempre fue fiel a su estilo, los argumentos de sus ficciones sí que cambiaron a medida que maduraba y se trasladaba de residencia. Cuando en la primavera de 1905 se mudó a Glen Ellen, en el valle de Sonoma, el *Valle de la Luna*, al norte de San Francisco, dejó de ser un hombre de ciudad y se convirtió en un auténtico defensor de la vida rural. «Lo principal del campo es el campo en sí mismo y el hecho de haberme librado de la presión que supone vivir en la ciudad —escribió a un amigo—. Hay que dejar de ser intelectual y disfrutar de las cosas pequeñas, de los bichos que se arrastran, de los pájaros, las hojas, etcétera, etcétera». Para entonces ya había roto su relación con su primera mujer, Bess Maddern, madre de sus dos hijas, con la que había contraído matrimonio en abril de 1900 y de la que se divorció en noviembre de 1905. El campo le dio libertad, lo alejó del estrés de la ciudad y comenzó a convertirse en un escenario recurrente de sus ficciones.

«El Cañón de Oro Puro», uno de sus relatos más importantes, destaca no solo por el lirismo de sus descripciones y su dramatismo argumental, también refleja la nueva conciencia ecológica de Jack London, apenas perceptible en sus relatos «naturalistas» del Klondike, donde centra el interés en hombres que desafían al mismísimo demonio para enfrentarse a cara descubierta contra el corazón de hielo del ominoso Silencio Blanco. Los héroes del Norte que describe London, testarudos, amigos de sus amigos, toscos y nobles, observan la Naturaleza más como un enemigo que como un aliado, y quieren exprimirla al máximo para hacer fortuna antes de que ella acabe con ellos. En «El Cañón de Oro Puro», sin embargo, la Naturaleza es la víctima y el hombre pasa a convertirse en el despiadado depredador empeñado en destruirla sin que existan demasiadas razones objetivas para ello.

Ilustración para «El desprecio de las mujeres», relato publicado en *Overland Monthly* en mayo 1900.

Casado ya con su segunda mujer, la escritora Charmain London, con la que contrajo matrimonio en noviembre de 1905, se compró en 1910 un rancho de más de cuatrocientas hectáreas que le costó veintiséis mil dólares, una auténtica fortuna para la época. En Rancho Hermoso, también en Glen Ellen, puso en práctica con escasa fortuna sus nuevos ideales a favor de la naturaleza.

Su biografía se refleja constantemente en su obra. Otro de sus descalabros, el velero *Snark*, que encargó construir en 1906 sin reparar en gastos con la pretensión de dar la vuelta al mundo, y con el que solo pudo alcanzar las islas Marquesas, las Salomón y Tahití, le proporcionó documentación para varios relatos publicados durante sus últimos años de vida. Y un ataque de psoriasis sufrido en aquellos paraísos, que al principio confundieron con lepra, fue suficiente para que las Salomón y la Melanesia se convirtieran en la ficción de Jack London en un infierno provocado por la civilización y el malvado hombre blanco. Con un naturalismo implacable, las selvas frondosas y salvajes acabaron reducidas a un vertedero podrido donde, a diferencia de lo que ocurría en los gélidos entornos del Klondike, el hombre carece de afán de superación para imponerse épicamente a las circunstancias y se limita a caer en un salvajismo despiadado.

Portadas de números de *The Saturday Evening Post*, *Overland Monthly* y *Boys' Life* con relatos de Jack London.

El *Snark* le había costado más de treinta y cinco mil dólares. Lo vendió por cuatro mil quinientos, un negocio ruinoso que afectó decisivamente a su obra, porque a partir de aquel fracaso se centró en escribir novelas y los relatos pasaron a un segundo plano. La mayoría de los críticos asegura que la calidad de sus cuentos disminuyó considerablemente durante este período, porque surgían con afán más crematístico que literario; se trataba de pagar facturas lo más deprisa posible sin que importara demasiado el precio que ello conllevara. Esta teoría es demasiado simple para ser cierta.

Eso sí, el alcohol, el cansancio y el trabajo a destajo estaban dejando a Jack London sin argumentos sobre lo que escribir. Seco de ideas, algo de lo que se quejó públicamente, en 1910 compró varias a Sinclair Lewis, nueve años más joven que él y futuro premio Nobel de Literatura. Su amigo el poeta George Sterling también le proporcionó varios argumentos y, a finales de ese mismo año, London firmó contrato con la revista *Cosmopolitan* para escribir una serie de cuentos por setecientos cincuenta dólares cada uno, de acuerdo a unas premisas impuestas por la publicación, que quería cuentos «viriles, con el mejor de los estilos, rezumantes de realismo pero sin que repeliesen por desagradables o por un exceso de naturalismo brutal». En la primavera siguiente firmó otro contrato similar con *The Saturday Evening Post* para crear otra serie, también a setecientos cincuenta dólares la pieza. De esos dos contratos surgieron diecinueve cuentos: los once recogidos posteriormente en el volumen *Smoke Bellew* (1912) y los ocho recopilados en *Captain David Grief* (1912), que aparecerán en el tercer y último volumen de esta edición de *Cuentos completos*.

La calidad de los que escribió basándose en los argumentos de Sinclair Lewis («En el origen del mundo», «Un chantaje alado» y «El padre pródigo») no es muy alta. «La lagar-

ta», sobre una idea original de Sterling, tampoco está entre lo mejor de su producción, pero «El ídolo rojo», que también surgió de la imaginación de Sterling, es excelente, a la altura de la segunda versión de «Encender una hoguera» y de «El Silencio Blanco». De idéntica calidad son algunos otros fechados también después del penoso viaje en el *Snark*, como «Un trozo de carne» y «El mexicano», punto de referencia en la ficción deportiva, comparables a obras de ese mismo género escritas por Hemingway, Ring Lardner y Norman Mailer. «Samuel», «Guerra» y «En el ala de los idiotas» —obras maestras inigualables— sorprendieron tanto y eran tan diferentes a lo que se hacía en aquel momento que ni siquiera la firma de Jack London, por entonces una auténtica estrella literaria, fue capaz de captar el interés de las grandes revistas, renuentes a publicarlos.

Nunca se doblegó, jamás dejó de experimentar en busca de nuevas ficciones que contar, ajeno a las modas, siempre con un ojo puesto en las exigencias del mercado y otro en su firme voluntad de crear. A los 40 años, el 22 de noviembre de 1916, murió en Glen Ellen. Según algunas versiones se suicidó, aunque estudios más recientes lo cuestionan y atribuyen las causas de la muerte a un ataque de uremia en un cuerpo demasiado agotado por la intensidad de su vida y los vapores del alcohol. La uremia, además, le provocaba fuertes dolores que combatía con morfina, lo que pudo acelerar su final voluntaria o involuntariamente. Cuentista por excelencia, maestro del ritmo, dueño de un estilo directo, intenso y gran conocedor de los escenarios donde habitan sus personajes, su popularidad y éxito comercial empañaron en su país durante algún tiempo la enorme calidad de su obra.

La vieja Europa, sin embargo, el continente del que proceden muchos de los personajes que aparecen en sus libros, nunca ha dejado de considerarlo un maestro de la distancia corta, capaz de adentrarse en los más variados argumentos y, sin olvidar nunca la acción y la aventura, aportar una visión filosófica abierta y lúcida a la psicología humana. Gracias al inmenso trabajo de Susana Carral, el lector español tiene por primera vez la posibilidad de ver cómo se fue forjando, hasta hacerse gigante, uno de los grandes narradores de Literatura contemporánea. ▶

El Editor
Septiembre de 2017

Cuentos Completos I

(1893-1902)

Jack London

Relato de un tifón en la costa japonesa

LA CAMPANA SONÓ CUATRO VECES durante la guardia de la madrugada. Acabábamos de terminar el desayuno cuando llegó la orden de que la guardia debía permanecer preparada en cubierta para ponernos al pairo y toda la tripulación lista junto a los botes.

—¡A babor! ¡A babor todo! —gritó nuestro capitán—. ¡Cargad las gavias! ¡Arriad el petifoque! ¡Llevad el foque a barlovento y arriad el trinquete!

Así fue cómo nuestra goleta, la *Sophie Sutherland*, se puso al pairo frente a la costa de Japón, cerca del cabo Jerimo, el 10 de abril de 1893.

Entonces se produjeron unos momentos de trajín y desconcierto. Había dieciocho hombres para tripular los seis botes. Algunos enganchaban los aparejos, otros soltaban amarras; los timoneles de los botes llevaban brújulas y barriles de agua, y los remeros tarteras. Los cazadores se tambaleaban bajo dos o tres escopetas, un rifle y una caja de munición pesada, todo lo cual se estibó enseguida en los botes, junto con sus trajes de aguas y sus guantes.

El capitán dio las últimas órdenes y allá zarpamos, manejando tres pares de remos para llegar a nuestros puestos. Nosotros íbamos en el bote de barlovento y por eso teníamos que remar más que los otros. Los tres primeros botes de sotavento enseguida desplegaron velas y pusieron rumbo al Sur y el Oeste con viento derrotero, mientras que la goleta permanecía a sotavento de ellos, de manera que en caso de accidente los botes tendrían viento favorable para volver.

Hacía una mañana espléndida, pero nuestro timonel movió la cabeza de una forma que no presagiaba nada bueno mientras observaba el sol naciente y, profético, murmuró: «Cuando el sol rojo despierta, el marino da la alerta». El sol parecía enfadado y las pocas nubes ligeras y aborregadas que había en esa cuarta parecían tímidas y asustadas, y pronto desaparecieron.

A lo lejos y hacia el norte el cabo Jerimo alzaba su cabeza negra y amenazadora como un monstruo enorme que surge de las profundidades. La nieve del invierno que el sol no había disipado del todo lo cubría con manchas de un blanco reluciente sobre las que soplaba el leve viento camino del mar. Unas gaviotas enormes alzaron el vuelo lentamente, batiendo las alas en medio de la brisa suave y golpeando con las patas palmeadas la superficie del agua durante más de media milla antes de abandonarla por completo. Aún no se había apagado del todo su correteo cuando una bandada de vuelvepiedras alzó el vuelo y, entre el silbido de sus alas, se alejó hacia barlovento, donde los miembros de un grupo enorme de ballenas se divertían y sus resoplidos parecían el escape de una máquina de vapor. Los chillidos ásperos y disonantes de un frailecillo hacían daño al oído y alertaron a media docena de un pequeño grupo de focas que se encontraba delante de nosotros. Se marcharon saltando con todo el cuerpo fuera del agua. Una gaviota, con su vuelo lento y deliberado de curvas prolongadas y majestuosas, planeaba en círculos por encima de nosotros y, como recordatorio del hogar, un gorrión se posaba con descaro en el extremo de la proa y trinaba alegremente con la cabeza inclinada. Al poco los botes se introdujeron entre las focas y las detonaciones de las armas se oyeron a favor y en contra del viento.

La brisa se iba levantando poco a poco y sobre las tres de la tarde, con una docena de focas en el bote, deliberábamos si continuar o dar la vuelta cuando izaron la bandera de retirada en el palo de mesana de la goleta, lo que significaba que, al levantarse el viento, el barómetro bajaba y nuestro capitán se preocupaba por el bienestar de los botes.

Nos desplazábamos con viento a favor y un rizo en la vela. El timonel iba con los dientes apretados, sujetando firmemente el remo de dirección con ambas manos, los ojos inquietos y siempre alerta, pendientes de la goleta que teníamos delante cada vez que ascendíamos una ola, sin perder de vista la escota de la mayor y mirando hacia atrás, donde la oscura ondulación del viento sobre el agua le advertía que se acercaba una ráfaga o una ola espumosa enorme que amenazaba con envolvernos. Las olas celebraban el carnaval, realizando las payasadas más curiosas, como si se persiguieran las unas a las otras mientras bailaban locas de contento, arriba, abajo, aquí, allá y en todas partes, hasta que alguna ola enorme de líquido verde con su cresta de espuma blanca como la leche se elevaba desde el seno palpitante del mar e impedía ver al resto. Pero solo durante un instante porque enseguida reaparecían bajo nuevas formas. Vagaban tras la trayectoria del sol, donde cada ondulación grande o pequeña, cada salpicadura o roción parecía plata fundida, donde el agua perdía su color verde oscuro y se convertía en un aluvión argénteo y deslumbrante para luego desaparecer y transformarse en una inmensidad baldía y violenta de turbulencias amenazadoras, en la que cada ola oscura y ominosa se alzaba y rompía para luego volver a formarse. El romper de las olas, el destello y la luz plateada pronto desaparecieron con el sol, al que oscurecieron las nubes negras que llegaban veloces desde el noroeste, acertados heraldos de la tormenta ya próxima.

Enseguida alcanzamos la goleta y vimos que éramos los últimos en subir a bordo. En pocos minutos las focas quedaron despellejadas, los botes y las cubiertas lavados y nosotros nos encontrábamos abajo, junto al fuego vivo que ardía en el castillo de proa, aseados, con ropa limpia y una cena caliente y abundante sobre la mesa. La goleta había desplegado velas, ya que nos quedaban setenta y cinco millas por recorrer rumbo al Sur antes de que amaneciera para volver a encontrarnos entre los grupos de focas, de los que nos habíamos apartado durante los dos últimos días de caza.

A nosotros nos tocó la primera guardia, desde las ocho de la tarde a la medianoche. Muy pronto el viento empezó a soplar con fuerza y nuestro capitán, mientras recorría la toldilla de un extremo al otro, supo que aquella noche no iba a dormir demasiado. Se cargaron las gavias y se hicieron firmes, luego se arrió el petifoque. Para entonces el mar estaba muy encrespado y a veces rompía en las cubiertas, inundándolas y amenazando con hacer pedazos los botes. Cuando la campana sonó seis veces recibimos la orden de darles la vuelta y asegurarlos con cabos. Eso nos llevó hasta que la campana sonó ocho veces, momento en el que nos relevaron los de la guardia de la medianoche. Yo fui el último en bajar y lo hice en el momento justo en que los de cubierta arriaban la cangreja. Abajo todos dormían, excepto nuestro tripulante inexperto, *el Albañil*, que se moría de tisis. Los movimientos violentos y bamboleantes del farol proyectaban una luz pálida y parpadeante sobre el castillo de proa y convertían en miel dorada las gotas de agua sobre los trajes impermeables amarillos. Sombras oscuras iban y venían a todos los rincones y arriba, en los escobenes como ojos —tras las bitas con los cables del ancla, que descendían de cubierta en cubierta—, acechaban como un dragón en la entrada de una cueva y las tinieblas eran tan densas como Érebo. De vez en cuando la luz parecía infiltrarse un momento, cuando la goleta se balanceaba más de lo normal, pero solo para desvanecerse enseguida y dejar tras de sí una oscuridad más negra que antes. El rugido del viento entre las jarcias llegaba al oído amortiguado, como el estrépito lejano de un tren al cruzar un puente de caballete o los cachones al romper en la playa, mientras que el estruendo del mar contra la proa resonaba con tanta fuerza en el castillo que parecía partir en dos los baos y la tablazón. Los crujidos y chasquidos de las ligazones, puntales y mamparas, reveladores de la tensión que soportaba el buque, ahogaban los gemidos del moribundo que no paraba de dar vueltas en su litera. El esfuerzo del palo de trinquete contra los baos de cubierta hacía caer una lluvia de polvillo y añadía un sonido más a los muchos que provocaba el ruidoso temporal. Pequeños torrentes de agua caían desde las bitas del extremo de la proa, se enfrentaban a los que fluían de los trajes impermeables mojados, recorrían el suelo y desaparecían a popa, en la bodega.

Había sonado dos veces la campana en la guardia de la medianoche —es decir que para los de tierra era la una de la madrugada— cuando desde el castillo de proa nos llegó la orden: «¡Toda la tripulación a cubierta, a reducir velas!».

Los marineros adormilados se bajaron de sus literas dando tumbos, se pusieron la ropa, los trajes y las botas de agua y subieron a cubierta. Cuando esa orden se oye en las noches frías y de viento, siempre hay algún lobo de mar que masculla severo: «¿Quién no iba a vender la granja para hacerse a la mar?».

En cubierta se apreciaba de verdad la fuerza del viento, sobre todo tras abandonar el asfixiante castillo de proa. Parecía enfrentarse a nosotros como un muro y la furia de sus ráfagas casi nos impedía respirar o movernos en la cubierta, que no paraba de subir y bajar. Pusimos al pairo la goleta con el foque, el trinquete y la mayor. Luego arriamos el trinquete y lo hicimos firme. La noche era oscura, lo que dificultaba nuestra labor. Pero, aunque ni una estrella ni la luna conseguían atravesar las masas negras de nubes de tormenta que oscurecían el cielo al deslizarse por delante de la borrasca, la naturaleza nos ayudaba en cierta medida. Una suave luz emanaba del movimiento del mar. Cada ola grandiosa, fosforescente y brillante debido a las luces diminutas de miríadas de microorganismos amenazaba con envolvernos en un diluvio de fuego. La cresta ascendía cada vez más y perdía espesor al empezar a curvarse y descollar justo antes de romper, hasta que en medio de un rugido caía sobre la borda, convertida en una masa de luz suave y toneladas de agua, que desperdigaba a los marineros en todas las direcciones y dejaba en cada recoveco pequeñas motas de luz que brillaban y temblaban hasta que la ola siguiente se las llevaba por delante y depositaba otras nuevas en su lugar. A veces, varias olas se seguían unas a otras con gran rapidez y caían con estrépito sobre nuestra cubierta, llenándola hasta la borda, aunque enseguida se iban por los imbornales de sotavento.

Para tomar un rizo en la mayor nos vimos obligados a correr delante del vendaval con el foque arrizado. Cuando terminamos, el viento había levantado semejante oleaje que resultaba imposible ponerse al pairo. Volamos en las alas del temporal entre los rociones de espuma sucia. Una racha nos desviaba a estribor y luego otra a babor, mientras las olas gigantescas golpeaban la goleta en popa y casi la hacían zozobrar. Al despuntar el día arriamos el foque y no dejamos ni una sola vela desplegada. Desde que habíamos empezado a deslizarnos rápidamente las olas ya no pasaban por encima de la proa, pero en medio del barco rompían a un ritmo vertiginoso. No llovía, era una tormenta seca, aunque la fuerza del viento llenaba el aire de un fino rocío de mar que llegaba hasta las crucetas, cortaba los rostros como un cuchillo e impedía ver más allá de cien metros. El mar era de un tono plomizo oscuro cuando el viento lo apilaba con balanceos lentos, prolongados y majestuosos para convertirlo en montañas líquidas de espuma. Mientras la goleta avanzaba, la violencia de sus cabriolas provocaba mareos. Casi se detenía, como si fuese a escalar una montaña, luego se balanceaba rápidamente a derecha e izquierda al llegar a la cima de una ola gigantesca, donde se estabilizaba y hacía una breve pausa, como si le diese miedo el precipicio que se abría ante ella. Cual avalancha, salía disparada hacia delante y hacia abajo mientras el mar la golpea-

ba en popa con la fuerza de mil arietes, enterrando la proa hasta las serviolas en la espuma lechosa del fondo que se extendía por cubierta en todas las direcciones: hacia delante, hacia atrás, derecha, izquierda, a través de los escobenes y sobre la barandilla.

El viento empezó a amainar y a las diez ya hablábamos de ponerla al pairo. Pasamos junto a un navío, dos goletas y un bergantín-goleta de cuatro palos con el mínimo de vela y a las once izamos la cangreja y el foque, y viramos. Al cabo de otra hora volvíamos a enfrentarnos al mar de fondo a todo trapo para alcanzar de nuevo la zona donde se encontraban las focas, hacia el 0este.

Abajo, un par de hombres cosían la lona en la que habían envuelto el cuerpo del *Albañil* antes de enterrarlo en el mar. Así fue como al irse el temporal se llevó el alma del *Albañil*.

[1893]

La historia de Frisco Kid

¿QUE QUIÉN SOY? Pues soy Frisco Kid. ¿Y qué hago? Ando de viaje. Oiga, no tendrá usted nada en mi contra, ¿verdad, amigo? Porque si lo tiene, desaparezco, que lo mío es moverme a buen paso. No tiene nada en mi contra, ¿no? Entonces estamos en paz. Mire, creí que era un poli de paisano y a mí se me llevan los demonios cuando tropiezo con esa gente.

¡Cómo! ¿Un cuarto de dólar? ¡Anda que no es amable usted, amigo! Ahora ya tengo para la cama y un café por la mañana. ¿Que quiere hacerme unas preguntas? Pues adelante, que parece de los que acribillan.

¿Un crío de pelo rubio y rizado, piel clara y de mi altura? Creo que he visto de esos a patadas, aunque no me fijo en ellos, pero si veo alguno más, ya le aviso. ¿Cuándo se largó y cuál es su apodo? No, que cuál es su nombre. Verá, es que los ambulantes siempre tenemos apodos. Así que se llama Charley. ¡Alto ahí! ¿Llevaba el pelo largo como las niñas y tenía acento de San Francisco? Entonces creo que lo conocí. Oiga, si le cuento lo que sé no me la jugará, ¿verdad? ¿No usaba aro? Un aro pequeño. No, si ya veo que es usted un caballero y no habla como yo y la gente con la que ando. Digo un anillo… de oro y pequeños rubíes rojos, creo que se llaman así. Y un guardapelo. Sí, también conozco el guardapelo. Se abre y se cierra, y en un lado hay un retrato de una señora y en el otro hay pelo, rubio como el de él pero distinto. ¿Que si sé dónde están? ¡Ja que no! Aquí están. Los llevo al pescuezo desde que… ¡Eh! ¡Suelte! No me despachurre el brazo, que duele, ¡hombre! ¿Qué se cree que soy, un desgraciado?

¿Quiere saber dónde está? Pues calma y no se mosquee ni me agarre otra vez y se lo contaré todo.

Verá, las cosas pasaron así. El año pasado por estas épocas, yo y mi colega, Joe *el Cauteloso*, nos acercamos a Sacramento para trabajarnos la feria. Un día de calor, era

un horno, Joe *el Cauteloso* se tomó lo que no debía y se quedó fuera de juego. Lo metí en la cama y como no sabía qué hacer me fui a dar una vuelta. Iba como alma en pena por la pista, digo por la calle mayor, cuando me di de morros con el chico del pelo amarillo. Iba con cuatro o cinco ambulantes y cuando vi los buenos trapos que llevaba, el aro y el guardapelo de oro, me pregunté en qué andaría la pandilla esa. Decidí cazarlo yo y me acerqué y le dije, como si fuésemos viejos amigos: «¡Eh, chico!, ¿dónde te habías metido? Venga, vamos a bañarnos». Verá, yo también quería mi parte del pastel.

Creo que no le gustaban mucho las pintas de los otros y lo de bañarnos le privó, así que les dio esquinazo y se vino conmigo. Tenía que haber visto a los tipos. Tenían ganas de machacarme y marcarme la cara, pero no se atrevieron por miedo a mi colega, Joe *el Cauteloso*, que era el más peleón de las calles.

Así que fuimos a bañarnos. De camino me enteré de que el chico se había escapado de casa para echarse al camino y le pregunté si quería viajar conmigo y mi colega, Joe *el Cauteloso*, porque si quería, nosotros también, y dijo que sí. No sé por qué pero le cogí cariño al chico. Era tan guapo e inocente como una niña. Si yo maldecía, él se ponía rojo y no me miraba durante un rato. Entonces me di cuenta de que tenía buena familia y no estaba acostumbrado a las palabrotas. Me interrumpía porque no entendía todo lo que yo decía, como usted, y yo cortaba el rollo y se lo explicaba. Pero era listo, sí, con explicárselo una vez ya bastaba.

Pues cruzamos el puente del ferrocarril y nos desnudamos en un bajío donde se bañaban otros chicos vagabundos a los que yo conocía. ¡Anda! ¡Había que ver la ropa de aquel chico del pelo amarillo! Era fina hasta la que iba pegada a la piel y mucho mejor que cualquiera de las cosas que yo he llevado.

Al principio los chicos de la calle empezaron a reírse de él pero me puse chulo y entonces ellos pararon y fueron amables. Era divertido ver a aquel chaval. ¡Era tan gracioso y tan distinto a los demás! Tan inocente y confiado. ¡Si hasta me pidió que me pusiera yo el aro porque tenía miedo de que se le escurriera del dedo y perderlo en el agua! Cuando se quitó el guardapelo del cuello y lo guardó en el bolsillo, sentí curiosidad y lo cogí para verlo y comprobar si era falso. Pero era de dieciocho quilates y por eso me lo quedé yo, para que los otros no pudieran mangarlo.

Nos lo pasamos genial y el chico también, aunque no sabía nadar. Poco a poco fuimos saliendo y nos tumbamos al sol sobre la arena, menos él, que se quedó haciendo el tonto en las zonas menos profundas. Empecé a bromear con él y aún lo veo ahora, con las manos juntas detrás de la cabeza, la cara sonriente y alegre y el pelo amarillo flotando al aire como el de una chica. Caminaba de espaldas, alejándose del bajío.

De repente pisó un hoyo y se hundió. Todos nos echamos al agua corriendo, pero él ya no volvió a salir. Verá, la resaca se lo tragó. Los demás fuimos saliendo del agua y nos quedamos un rato en la arena, muy serios. Fue muy duro ver ahogarse a un pobre chico inocente como aquel, aunque no hacía mucho que lo conocía.

Después de un rato *el Matón* se levantó y cogió la máquina, digo el reloj, poniendo como excusa que el suyo no funcionaba. Pero no hacía falta porque *el Enano* cogió la chaqueta, *el Duro* la camisa y así todos hasta que solo quedaron los chanclos, digo las botas, que cogí yo porque las mías estaban mal. Dejamos nuestras ropas viejas en lugar de las suyas.

El Orador avisó al juez de instrucción y salió pitando de su oficina para que no lo pillaran. Cuando el juez llegó, tan bien vestido, y vio aquellos míseros harapos, dijo sin darle importancia: «No es más que un vagabundo».

Pasaron tres días y encontraron al pobre chico río abajo y cuando estaba en el depósito fui a verlo.

¿Qué? ¿Pregunta por qué no lo identifiqué? Pues verá, el caso es que yo y Joe *el Cauteloso* nos íbamos al día siguiente y no quería que me obligasen a quedarme para declarar mientras investigaban la causa de la muerte. Además, ¿y si me hacían preguntas raras, como dónde estaban sus ropas buenas y sus joyas?

¿Qué? No estará llorando, ¿verdad, amigo? Es el tipo más raro que he visto. ¡Anda, ya entiendo! Usted era el viejo del chico. Lo siento por usted. Déme la mano.

¿Qué? ¡Vaya que es usted generoso! Se lo agradezco mucho, amigo, y creo que debería quedarse con el aro y el guardapelo, total son suyos. Bueno, yo ahora me despido porque ahí viene mi colega Joe *el Cauteloso* y nos largamos en ese mercancías de ahí, que ya está pitando y tengo que irme. Venga, Joe, coge el segundo vagón que está limpio y así podremos echar una cabezada.

[1895]

Sakaicho, Hona Asi y Hakadaki

OCK, ¿DESEAR VER MI CASA? No lejos. Venir, ver mi mujer. Venir ñam, ñam. Muy buen comida.

¡Ah, la magia de esas palabras! («¡Ñam, ñam!»). ¡Comida! ¡Cena! Qué placer me produjeron, a mí, que estaba tan hambriento como cualquier turista que hubiese transitado los caminos secundarios y vías públicas de Yokohama. Me había pasado la mañana yendo de los salones de té a los templos, de los bazares a las tiendas de curiosidades, recorriéndolo todo, y ahora tenía tanta hambre como el más voraz de los tiburones que corta las aguas azules del mar tropical con su aleta siniestra mientras busca su desayuno. De hecho, me sentía como un auténtico devorador de hombres y aquella invitación inesperada del conductor de mi *rickshaw* me parecía de lo más oportuna. Por supuesto, acepté.

Aumentó la velocidad y fue dejando atrás las calles abarrotadas para adentrarse en la zona más pobre y sórdida del barrio nativo. Por fin, tras recorrer trescientos metros de un callejón estrecho, se detuvo frente a una casita insignificante que, según me dijo con un orgullo muy evidente, era su hogar.

La zona de la habitación principal que daba al callejón estaba abierta para que entrase el aire fresco del exterior. A mi ojo occidental le pareció pequeña y desnuda. Cubrían el suelo unas alfombrillas de paja de arroz, delgadas y sin acolchar sobre las que, junto a una mesita de veinte centímetros de altura, en la que se extendía un pañuelo de seda con vainicas, yacía una mujer profundamente dormida. Era su esposa.

Así dormida se apreciaba que no era bonita, ni siquiera desde un punto de vista japonés, aunque tampoco era fea. Pero las severas líneas de preocupación marcaban su rostro e incluso descansando parecía intranquila. Un espasmo de dolor o inquietud hizo que sus rasgos relajados se contrajesen un instante.

Sakaicho la despertó con una caricia leve y tierna. Al sentir su tacto, ella se despabiló y lo recibió con afecto, pero al verme se mostró avergonzada y se retiró al otro extremo de la habitación. Entonces se produjo una rápida conversación durante la que muy probablemente Sakaicho le contó que yo era el norteamericano que tan magnánimo había sido con él durante toda la semana anterior.

Consciente de sus deberes como anfitriona y agradecida al cliente de su esposo, hizo una reverencia ante mí con el rostro sonrojado y con un rápido movimiento de la mano me invitó a sentarme en el suelo. Me descalcé en el umbral —esa es una de las reglas más estrictas de la etiqueta japonesa— y me senté con las piernas cruzadas en medio de la habitación, frente a Sakaicho.

Mientras su mujer nos acercaba el *hibachi* y el *tabako-bon* y luego se retiraba con modestia a un segundo plano, él me reveló su nombre, que era Hona Asi. Dijo que solo tenía veintisiete años, pero como mínimo aparentaba cuarenta. El trabajo y las preocupaciones habían dejado huella en su rostro bonito por naturaleza, llenándolo de arrugas y dándole un tono amarillento.

Me fijé en eso y medité al respecto mientras con destreza enrollaba las finas hebras de tabaco nativo, las insertaba en el extremo curvado de la esbelta pipa y luego las encendía con un rápido soplo a la brasa de carbón del *hibachi*. Con un par de caladas de esa hierba suave y de sabor dulce, exhaladas por la nariz al estilo japonés, se vacía la cazoleta tan pequeña como un dedal. Luego, con un golpecito rápido y seco sobre el *hibachi*, se expulsan las cenizas y se repite la operación de llenar y encender la pipa.

Fumamos en silencio durante cinco minutos y después Hona Asi retiró el *hibachi* y el *tabako-bon* y depositó frente a nosotros dos tazas de té verde poco cargado. En cuanto las vaciamos, se las llevó y las sustituyó por una mesa que medía algo más de diez centímetros de alto y poco más de un metro cuadrado, magníficamente lacada en rojo y negro.

Según la costumbre japonesa, Hona Asi no comió con nosotros, sino que sirvió la mesa como debe hacer cualquier esposa que se precie. Retiró la tapa de una caja de madera redonda y con una pala de madera sirvió dos cuencos de arroz cocido al vapor mientras Sakaicho descubría los distintos cuencos que ocupaban la mesa y dejaba a la vista una colación digna del sibarita más exigente. Los sabrosos aromas que despedían los distintos platos me abrieron el apetito y deseé empezar de inmediato. Había sopa de judías, pescado hervido, guiso de puerros, encurtidos y soja, pescado crudo cortado muy fino y acompañado de rábanos, *kurage*, que es una especie de medusa, y té. Nos bebimos la sopa como si fuese agua; nos atiborramos de arroz, llenando las bocas a paladas como se llena de carbón un barco carbonero; los demás platos los fuimos probando con la ayuda de los palillos, que para entonces manejaba con bastante habilidad. En varias ocasiones durante la comida los dejamos a un lado el tiempo justo de beber a sorbos un sake caliente —o vino de arroz— servido en unos vasitos diminutos y lacados.

Para cuando terminamos Hona Asi había traído de la tienda de la esquina dos copas de helado que situó frente a nosotros con un tarro de porcelana lleno de claudias cubiertas de sal. Tras hacerle honor a todo eso, recurrimos de nuevo al inevitable *hibachi* y *tabako-bon*, cabe suponer que para ayudar a la digestión.

Por regla general los japoneses me parecían astutos y siempre en busca de dinero, pero cuando de forma rutinaria saqué el monedero para pagar la cuenta, Sakaicho se sintió insultado mientras, en un segundo plano, Hona Asi levantaba las manos al cielo para mostrar su desaprobación, se ponía colorada y estaba a punto de desmayarse de vergüenza. Con gran énfasis me hicieron comprender que ellos me invitaban y que yo estaba obligado a aceptar la invitación, aunque sabía bien que no podían permitirse semejante despilfarro.

Sakaicho pronto recuperó el buen humor y conseguí que hablase de sí mismo. Con su curiosa forma de chapurrear inglés me contó cosas de su juventud, sus luchas, sus esperanzas y ambiciones. Había pasado la niñez trabajando de campesino en los campos de las soleadas laderas del Fujiyama, y la juventud y primeros años de madurez como mozo de equipaje y conductor de *rickshaws* de alquiler en Tokio. Viviendo con gran moderación había conseguido ahorrar de sus escasos ingresos lo bastante como para —ahora que se había mudado a Yokohama— ser el dueño de su casita y de dos *rickshaws*, uno de los cuales alquilaba por quince centavos al día. Su esposa, una magnífica compañera, trabajaba con gran diligencia en casa haciendo el remate de vainica a los pañuelos de seda. A veces llegaba a ganar dieciocho centavos al día. Y tanto esfuerzo se debía a su hijo, su único hijo. Ahora lo enviaba al colegio y pronto, cuando poseyera y alquilara varios *rickshaws*, el niño recibiría la mejor de las instrucciones y acaso un día podría mandarlo a los Estados Unidos de América para completar su educación. Tal vez.

Mientras me contaba todo eso le brillaban los ojos y se sonrojó debido a un orgullo fácil de comprender: todo su ser parecía ennoblecerse con lo elevado de sus aspiraciones y la intensidad de su amor y su sacrificio.

Harto ya de hacer turismo, me quedé a pasar la tarde y a esperar que el niño llegase del colegio. Por fin apareció. Era un chaval de diez años resuelto y divertido al que le gustaba, según su padre, pescar en el canal de al lado, aunque los peces nunca picaban y el agua no era lo bastante profunda como para que se ahogase. Al igual que su madre, el crío se mostró muy tímido en mi presencia pero, tras mucho insistir, accedió a estrecharme la mano. Mientras lo hacía, deslicé con disimulo un dólar mexicano de plata en su manita sudorosa. Se mostró encantado de poseerlo y me lo agradeció profusamente, sin dejar de hacer reverencias y de gritar «*¡Arienti! ¡Arienti!*» con la voz estridente y aguda propia de los niños.

Una semana después, al regresar de un viaje de placer a Tokio y el Fujiyama, me di cuenta de que Sakaicho no se encontraba en su puesto de siempre y contraté a un con-

ductor de *rickshaw* al que no conocía. Era mi último día en tierra y decidí aprovecharlo al máximo para visitar los lugares que aún no había visto.

A media tarde me dirigía con prisa hacia las afueras para echarle un vistazo al cementerio local. Al tomar una curva del camino vi que por delante de nosotros avanzaba un cortejo fúnebre. Le pedí a mi jadeante conductor que se apresurase y pronto lo adelanté. Me di cuenta de que se trataba de un entierro doble porque había dos pesados ataúdes de madera blanca que varios nativos robustos llevaban a hombros. Tras ellos iba un único deudo y por su cuerpo delgado y la forma de inclinar la cabeza reconocí a Sakaicho. ¡Pero qué cambiado estaba! Al ser consciente de mi presencia, levantó poco a poco la lánguida cabeza y me devolvió el saludo con una mirada apática y apagada.

Mientras caminábamos con respeto al final de la cola, mi conductor de *rickshaw* desconocido me contó que un incendio devastador había destruido el barrio de Sakaicho, quemando su casa y asfixiando a su esposa e hijo.

Por fin llegamos a la tumba y los sacerdotes de un templo budista próximo salmodiaron la misa de difuntos con el mayor de los respetos mientras un grupo de nativos ociosos se acercaba a curiosear. Sakaicho seguía los movimientos de los sacerdotes con mirada vidriosa y, cuando terminaron de arrojar la tierra sobre la tumba, el pobre hombre erigió una lápida conmemorativa en honor de sus seres queridos. Luego se dio la vuelta para depositar entre los recuerdos ofrecidos a sus lares dos tablillas de madera con el nombre, la fecha de nacimiento y la de la muerte de su esposa e hijo, mientras yo regresaba aprisa a mi barco. Y aunque nos separan cinco mil millas náuticas, jamás olvidaré a Sakaicho ni a Hona Asi, como tampoco el amor que ambos sentían por su hijo, Hakadaki.

[1895]

Baño nocturno en la bahía de Edo

Sí, UNA PANDA ESTUPENDA de gente son los japoneses, aunque se diga que están a medio civilizar, cosa que yo niego y además afirmo que en inteligencia, empuje y energía, en conocimientos, honradez, cortesía y amabilidad general no hay quien les gane. Y si se trata de compararlos con los nuestros, en bondad moral y pureza no tenemos nada que hacer.

Quien así hablaba, un viejo marino mercante entrecano, apuró su vaso y lo dejó sobre la barra con un golpe, como si invitase a la crítica o la controversia. Pero nadie se atrevía a llevarle la contraria. Mirando de buen humor al pequeño grupo que lo escuchaba, pidió que sirvieran otra ronda de bebidas.

—Son un pueblo emprendedor —continuó diciendo, apoyando la espalda cómodamente en la barra y adoptando una pose sin la que, como decía su viejo amigo Bill Nandts, no era capaz de contar sus batallitas—. Desean ser, según ellos mismos lo llaman, europeizados o americanizados. Enseguida desechan sus viejas costumbres y su forma de hacer las cosas por nuestras costumbres y métodos, más nuevos y mejorados. Por ejemplo, pensemos en un asunto tan sencillo como el vestido. Desde el pobre más pobre de las calles hasta el dignatario más importante del país desean vestirse como los europeos. Casi todos los que pueden permitírselo se visten como nosotros y a veces los que no pueden se someten a grandes sacrificios para conseguirlo.

»Los buques que zarpan de Yokohama lo hacen llevando a bordo muy poca ropa y siempre muy deteriorada, porque el resto se lo quedan los japoneses tras negociar astutamente y emplear sus triquiñuelas. Claro que los comerciantes en curiosidades que suben a bordo mientras el barco está en puerto se llevan una buena parte del botín, pero los hombres de los sampanes o barqueros manejan muy bien ese comercio.

»Que Dios se compadezca del marinero que se encuentre en el muelle sin los diez sen para pagar el trayecto hasta su navío. A menos que halle a un compañero de tripulación a quien pedir prestado el dinero, lo normal es que se quede sin camisa o camiseta o sin alguna otra prenda porque los voraces hombres de los sampanes se mueren por vestir como nosotros, aunque no pueden hacerlo honradamente. A mí intentaron jugármela una vez, pero no lo consiguieron.

»Fue en mi primer viaje a Yokohama. Llevaba media noche en tierra comportándome como solo lo hace un joven temerario. Había estado en la Ciudad Sangrienta, que es como llaman los nativos al barrio bajo de los blancos debido a las muchas trifulcas y peleas de borrachos que allí se dan. Como a «donde fueres haz lo que vieres», yo me había visto mezclado en un par de broncas y riñas callejeras porque estaba como una cuba y todo me daba igual. Alrededor de la medianoche llegué como pude al pequeño muelle de piedra o espigón, lo único malo de Yokohama en comparación con la larga hilera de muelles que hay en cualquier otro puerto de mar. En Yokohama, como ya sabréis, los barcos permanecen fondeados en la bahía gracias a sus propias anclas o a unas boyas enormes, y el trabajo de carga y descarga se realiza con cientos de barcazas y miles de obreros japoneses de clase baja. Aunque he oído decir que el gobierno acaba de levantar un magnífico muelle de acero que ha costado un par de millones.

»Pero volvamos a mi historia. Me acerqué ocupando la calle entera de una forma que me recordó a esos marineros borrachos que hacen las eses más abiertas que cualquier hombre de tierra. Había perdido la gorra, el nudo marinero con el que atara el pañuelo de seda alrededor del cuello se había deslizado hasta aplastarme la tráquea y casi me ahogaba, llevaba la ropa sucia y retorcida porque había acabado en el suelo con dos valientes conductores de *rickshaw* y un policía. La verdad es que debía de tener un aspecto encantador al aparecer bajo las luces de la comisaría de Policía y la aduana.

»Unos cien pasos más adelante alcancé los escalones de piedra donde se apiñaban los sampanes mientras sus dueños abordaban a los clientes, como hacen nuestros taxistas y los mozos de los hoteles junto a los ferris cuando llegan cargados de pasajeros.

»Enseguida contraté a un vejete que parecía una de esas armaduras abolladas que se ven en los museos y sitios parecidos. Debía de tener unos sesenta años, era muy alto, tan delgado como un esqueleto y su cuerpo parecía una masa de arrugas. Aquí y allá, cuando la luz de un brasero en el que ardía carbón iluminaba su piel quemada por el sol, se apreciaban grandes cicatrices blancas y negras de todo tipo. No podía haber gigantón más maltratado, y su voz acompañaba al resto de su persona. Resultaba aguda, chillona y tan estridente como la de un niño, por lo que consiguió ponerme nervioso mientras inclinaba cuerpo y cabeza delante de mí.

»Lo seguí a bordo del sampán, donde conocí al resto de su tripulación. Nunca vi contraste más sorprendente. Se trataba de un niño diminuto, no mucho más grande que una buena porción de tabaco de mascar. Era un chaval precoz, de cuerpo bien formado

y regordete, con el porte y la seguridad de un adulto. Fui a sentarme, pero debido a mi estado y a la inestabilidad de la barca caí como un saco, como si pretendiera atravesar el fondo de la desvencijada embarcación.

»Allí tumbado, despatarrado, vi que el chaval me miraba fijamente y luego le decía algo al viejo, quien a su vez me miró y se detuvo en el momento justo en que iba a alejar el sampán del muelle. Conseguí ponerme en pie y, molesto por el retraso y mi torpeza, les dije de malos modos que continuasen la marcha. Se negaron. Para entonces los escalones se habían llenado de rudos barqueros que se reían y se burlaban de mí.

»Empecé a enfadarme y estaba a punto de poner yo mismo en marcha el sampán cuando el chaval se acercó a mí y dijo lacónicamente mientras extendía la mano: "Pagar ahora". Al principio no lo entendí porque pronunciaba las dos palabras unidas, como una sola, pero tras repetir varias veces su petición y para deleite de la multitud comprendí lo que decía. A mí me daba igual pagar antes o después, pero cuando metí la mano en el bolsillo me di cuenta de que estaba sin blanca. Entonces registré con cuidado todos y cada uno de mis bolsillos y fui consciente de que no me quedaba ni una mísera moneda.

»Cuando la situación quedó clara, la multitud de los escalones se desternilló de risa y se dedicó a dar toda clase de consejos y advertencias a la victoriosa tripulación de mi sampán.

»El crío, tras observarme fijamente con sus ojos negros y astutos, agarró mi camisa, que era nueva, recién salida del baúl donde el capitán guardaba las cosas que vendía a la tripulación, y dijo: "Dar camisa". La multitud mostró su aprobación a dicha solicitud aplaudiendo y riéndose ante el apuro en el que me veía.

»—Ni loco —respondí y, al ver que insistía, regresé al muelle, sintiéndome terriblemente humillado.

»Anduve un buen rato por ahí, pero ninguno de los barqueros quería llevarme sin cobrar por adelantado. Cada vez que lo intentaba me contestaban: "Dar chaquetón", «dar camisa», o lo que fuese. Por aquel entonces yo era muy terco y no quería dar el brazo a torcer.

»Recuerdo que me subí a un gran bloque de granito tallado y pronuncié una apasionada arenga a aquel grupo variopinto que me vitoreaba y se burlaba de mí alternativamente, sin comprender ni una sola palabra de mi discurso. Al final me caí de la piedra y aterricé sobre ellos, aplastando a dos o tres.

»Luego me acerqué como pude a la comisaría de Policía y le expliqué mi ridícula situación al teniente. Parecía un hombre afable y bondadoso que salió y se dirigió a los barqueros en un japonés de lo más correcto, pero ellos se negaron a llevarme si no me despedía de mi chaquetón, mi camisa o alguna otra prenda cuyo valor superase con creces el de la tarifa.

»Resumiendo, tras darle vueltas al asunto, decidí volver a nado. En un santiamén me desnudé, le pedí al teniente que se hiciese cargo de mi ropa y eché a correr muelle

adelante, seguido por los barqueros, que parecían disfrutar enormemente de la imagen que daba. Empecé a bajar los escalones de piedra con ademán de héroe, pero la marea estaba baja, resbalé en el fango viscoso que los cubría, me caí patas arriba y bajé hasta el fondo a trompicones. Aterricé en el agua con fuerte ruido, al compás de los gritos ya roncos de la entusiasmada multitud.

»Sin embargo, al salir a la superficie, todos se mostraron dispuestos a aceptarme a bordo de sus barcas si regresaba. Pero yo era muy tozudo. Les dije adiós y me alejé a nado en la oscuridad. No tenía miedo porque nadaba como un pez y estábamos en verano, por lo que la temperatura del agua era buena. Además, el efecto refrescante del agua de mar despejaba a marchas forzadas el lío que tenía en la cabeza.

»A lo lejos brillaba la luz de nuestra ancla y seguí nadando con brazadas seguras y constantes. No era mucha la distancia, poco menos de una milla, y pronto llegué al barco. Subí a cubierta sin hacer ruido y sin que se diera cuenta quien estaba de guardia —que no era otro que mi colega aquí presente, Bill Nandts—, y me abrí camino hasta el castillo de proa. Me llevé las mantas al extremo de la proa, cerca de las serviolas, y allí me tumbé porque el ambiente del castillo de proa resultaba demasiado agobiante para dormir a gusto.

»Antes de cerrar los ojos oí que una barca atracaba a nuestro costado y llamaba al vigía. Conversaron y alguien ascendió por el costado y arrojó por encima de la borda algo que Bill Nandts examinó. Se puso en pie de repente y exclamó: «¡Por Dios, pero si es de Charley!».

»Se trataba de una de las lanchas de la Policía del puerto, que se había acercado para devolver mi ropa y preguntar por mi estado. Claro está que Bill no me había visto y, tras despertar a todos los del castillo de proa para buscarme, se convenció de que me había ahogado. El jaleo despertó al capitán y lo hizo subir a cubierta. Tras escuchar lo ocurrido, ordenó que bajasen una lancha y salieran a buscarme.

»Las dos barcas se alejaron y oí a Bill Nandts gritar una y otra vez: «¡Charley! ¡Charley! ¿Dónde estás?».

»Tras buscarme en el agua sin resultados, empezaron a preguntar en el resto de los barcos, por si había subido a bordo de uno de ellos en medio de la oscuridad. Al poco, el alboroto se adueñó del puerto: los gritos de los vigías despertaron a los perros que iban a bordo de la mayoría de los buques y enseguida todos los perros de la bahía aullaban con fuerza. El ruido se contagiaba y llegó hasta la orilla, donde los canes de tierra se unieron al coro. Los gallos empezaron a cacarear y las gallinas a cloquear como si hubiese llegado el día del juicio final, y un vigía nervioso dio la alarma general de fuego. Todo Yokohama se despertó pensando que la ciudad ardía.

»Los barqueros abarrotaban la bahía con sus sampanes mientras hacían aumentar el tumulto con sus gritos roncos. Las luces destellaban aquí y allá sobre el agua. El remolcador de la Policía, que ya iba a vapor, se acercó para ver a qué se debía tanto

alboroto y solo consiguió incrementar la confusión general. Luego, a toda mecha en su lancha de seis remos, llegó el capitán del puerto, al que había despertado el exceso de celo de algún oficial que tachaba todo aquello de catástrofe. Pero el revuelo era de tal calibre que fue incapaz de encontrarle sentido a lo que ocurría.

»De repente, la lancha de la Policía lo abordó y lo lanzó al agua cuando perseguía a un pobre y desconcertado pescador al que, con una intuición sorprendente, habían culpado de todo el problema. El pescador asustado, al ver que el accidente lo salvaba, perdió la cabeza, chocó contra el bauprés de un bricbarca noruego y volcó. Entonces una flota de lanchas aduaneras, pensando que aquello era un plan preconcebido de los contrabandistas para aprovechar el jaleo y desembarcar mercancías prohibidas, cruzaron la bahía en todas las direcciones y a gran velocidad. ¡Había que ver con qué intensidad adelantaban a los asustados barqueros y pescadores en el heroico cumplimiento de su deber!

»Y para colmo, los ancianos guardas de los buques faro, cada uno situado a un lado de la estrecha entrada del enorme rompeolas, al ver las luces de un barco de vapor de la P&O creyeron que se trataba de una invasión china. Así que apagaron los faros y el buque de pasajeros encalló a oscuras.

»El barullo era impresionante, pero al cabo de una hora fue decreciendo y me dormí, encantado con la broma que les había gastado a todos.

»Lo siguiente que supe fue que alguien me despertaba bruscamente. Al abrir los ojos vi que el sol salía por el este. Bill Nandts me zarandeaba como un loco, tan feliz que no sabía si enfadarse conmigo o no. Por supuesto, tuve que dar explicaciones y pasó mucho tiempo antes de que me dejaran en paz con el asunto. En cuanto a los barqueros de los sampanes… quedé exento de pago. Después de aquello se negaron a aceptar mi dinero, aunque siempre que me veían aparecer me recibían entre risas y parloteos.

—Bueno, muchachos —dijo Bill Nandts cuando el otro terminó de hablar—, esta ronda la pago yo. Venga, bebamos a la salud de Charley *el Largo*, el mejor de los curtidos marinos que han zarpado de San Francisco.

[1895]